Teodoro Antillí
(1883-1923)

Cinco textos de Teodoro Antillí.
"Vida de los presos" y su ilustración, firmada por Hohmann, provienen de la Revista Fray Mocho (22/09/1916).
Los restantes textos e ilustraciones los tomamos de "¡Salud a la anarquía!" (1924) Editado por La Antorcha.

1era Edición 27 de Junio de 2024
Colección
Memorias del espíritu revolucionario

Barrett Comunidad Editorial.

Ig. @Barrettcomundiad
Web:https://barrettcomunidadeditorial.noblogs.org/

{Prólogo}

Hijos de la vida

por Oki

Querido lector o lectora, este breve libro de cinco textos que vas a leer no te defraudará, e incluso te podrá ayudar mucho.

Los escritos, nacidos en el cambio de siglo, fueron en un principio la única manera que tuvo Teodoro Antillí (1883-1923), de comunicarse y de sostener el ánimo y la esperanza de muchos.

Periodista y teórico anarquista, Antillí fue perseguido y encarcelado tres veces por su condición de libre pensador y por ende por su libre escritura.

Su pluma, que era su única herramienta, lo siguió a todas partes e incluso hasta la cárcel.

Encarcelado pero no dominado cuenta las vivencias que sufrió estando en ella.

Este pequeño libro da testimonio del padecimiento compartido y a las noches de insomnio sufridas,

Nos cuenta de su libre pensamiento como anarquista, que simplemente somos hijos de la vida y nada ni nadie nos cambiará de opinión. También nos relata de saber es-

perar, esa sabiduría, que no es menor porque a todos nos llegará ese momento.

Estoy seguro de que su testimonio será un alimento para la fe y esperanza de muchos que pasaron y pasan lo mismo.

cinco textos

Teodoro Antillí

Vida de los presos

El hecho es que existen cárceles, y que dentro de ellas hay hombres que viven una vida tan precaria y diferente, que los que están libres no aciertan a explicársela. Todo lo comprimido que puede desarrollarse una plantita en los dos dedos de aire y de luz que quedan debajo de la piedra, no serviría para hacer un parangón de esta escasa vida. El linfatismo que gana nervios y músculos, como la rama y las hojas de la plantita, que, siendo verdes a la luz del sol, aquí son pálidas; la falta de espacio, de aire y de luz; y luego después el vacío, el espantoso vacío, que nada puebla ni nada llena… Se da el caso que dos avispas anidan debajo de una teja vieja, nutren y rehinchan un panal, que levanta la teja y deja penetrar la luz del sol que derrite y chorrea la miel; nada parecido ocurre en las prisiones… Se vive vida escasa, y no se elabora miel ni hay panales. Lo precario dentro de lo precario; esto es todo. Y luego la esterilidad, sólo esterilidad. Esta es la sensación más penosa; la cárcel es el sitio estéril, como la tumba… Hay quien puso toda su vida en criar y educar, como si fueran personas, un trío de ratones, calientes,

sacados del nido, cuando no eran más que unos pelotoncitos estremecidos de carne y piel; me han contado la historia de este preso. No hablaba con nadie, ni tenía afectos ni amistades, ni se señalaba en él nada que fuera benevolente, cordial, humano. En la cárcel era un incorregible. Se entendía con sus ratones, como si en realidad supiera hablar y hacerse comprender de ellos. Los revestía con estola y sobrepelliz, como a un fraile, y les hacía decir misa. Los ataba, con unos arreos por él mismo construidos, a un carro fúnebre también hecho por él, y organizaba un entierro… El cura de la cárcel, considerando estas cosas sacrílegas, mandó matar los ratones, y el preso se volvió loco… Los animalitos tienen infinidad de sufragios. He visto también pajaritos criados por presos. Mirad que el gorrión es un pájaro feo; no puede darse entre los pájaros uno que sea más feo, que tenga menos belleza y menos gracia. Pues en las prisiones son bellos. No conocen con seguridad a la madre como conocen al preso que los cría y los alimenta. Andan sueltos; de acá para allá, y con toda la cola y todas las alas; las ventanas están abiertas, se posan en los hierros o los ba-

rrotes, miran el azul, los árboles, la libertad, los otros gorriones, y no se van.

Basta solamente que el patrón silbe, para que de cualquier parte que estén, de un solo vuelo vengan a posarse en su hombro; y allí se vuelven locos de zalameros y charlatanes… Una observación de un preso: las hembras,

cuando son grandes, se van, porque tienen que anidar y empollar; los machos se quedan; con preferencia deben criarse machos…

De las cosas que más preocupan a los presos, a mayor es el recuerdo y la constancia de los amigos, que para ellos es capital. Sufren en esto horribles desengaños; la frase: " preso es como un muerto", plasma la filosofía de las prisiones dictada por todos los desengaños… He visto desesperarse esperando una carta o una visita que no venía, perder la fe y convertirse en escépticos y pesimistas a muchos presos que habían entrado llenos de optimismo y de confianza. Pero ninguno como este caso, que tuvo un final regocijado y alegre. Hacía ya más de quince días que un preso esperaba la visita de un antiguo amigo, muy exacto en todo el tiempo anterior; le había escrito ya tres cartas, y nada: ni venía ni contestaba. Estaba ya el preso para echar a un pozo el recuerdo del amigo querido, cuando recibió enigmática carta: "No he podido escribir porque me he roto una pierna y el médico me ha prohibido andar a caballo". Le explicación era que no sabía escribir y debía montar a caballo para ir a una casa algo

distante donde le hacían las cartas; vivía en un pueblito cercano a la capital…

Alguna vez se cruzan también frases espirituales, como ésta: "¡Qué me va a decir de Italia, amigo! Los carniceros allá matan una vez al año, y cuando va una gringuita a comprar, les dice: ¡despácheme bien, mire que soy la marchanta del año pasado!…" La frase era de un criollo…

~

La pluma

En mi encierro tengo un consuelo: me han dejado la pluma. Esa herramienta pequeñita, que termina en un pétalo de bronce, - Barrett la llamó pétalo de metal; yo seré más explícito, diré la clase del metal: mi pluma es de bronce – es la causante de todas mis desgracias. Hay herramientas de trabajo que por sí solas acusan a un hombre; los cortafierros, el manojo de llaves, acusan al ladrón madrugadista; así mi pluma, me acusa a mí. Cuando vino la policía, esta tercera vez que me cazaron y me pusieron preso, yo estaba con ella en la mano, sentado en mi mesa

de trabajo, con un rimero de cuartillas por delante, algunas borroneadas al lado del tintero, otras en blanco debajo de mi mano: sobre ellas corría mi pluma en ese momento. ¿Cómo negar, señor, cuando se es sorprendido en el hecho? Si eres un ladrón, uno que recorre de día las calles mirando las puertas y las ventanas, resolviendo el problema de lo que puede haber en cada casa para penetrar en ellas de noche; si eres uno que penetró en una casa y robó las joyas y el dinero que había, descerrajando hábil y silenciosamente las puertas, deslizándote como una sombra por las habitaciones de los dormidos, contemplando a favor de tu linterna sorda a la madre y a la hija con su femenina belleza al descubierto, resaltando de la blancura de las sábanas; si cometiste un robo y eres agarrado a la otra cuadra y se te encuentra encima el cortafierro y las ganzúas, ¿cómo dirás "yo no, yo no he sido"?; ¿cómo destruirás la acusación de tus propios instrumentos, aunque no se te encuentren las joyas ni el dinero encima? Es fatalidad: hay herramientas de trabajo que por sí solas acusan a un hombre. Y esta es la tercera vez que mi pluma me acusa; podía ser un cortafierro o una ganzúa, que no me habría acusado tantas veces. ¿Por

qué no figura una lapicera mía, con su pluma despeada, abierta, cansada y gastada de correr por la cuartilla, en el museo de la policía, entre tanto instrumental del delito, como allí se encuentra reunido? ¿Por qué, en ves de ésto, prefiere dejársemela para que escriba mi nombre en la cubierta de los libros, en cuanto papel viejo encuentro a la mano, en los cuadernos, en las etiquetas de los cigarrillos (por el lado de adentro, que es blanco): - mi nombre y apellido, mi firma; y los nombres de otros precediéndole, siguiéndole o entrelazándole; mis iniciales solas, sueltas o en monograma; o las iniciales de otros, solas o juntas con las mías - : lo que según los sabios es síntoma, no tanto de ociosidad, como de imbecilidad. En mi encierro tengo un consuelo porque te tengo a ti plumita mía. Contemplando tu trabajo, veo que no has dejado hoja en los libros que leo que no hayas rayado, borroneado tú; hasta has intentado algunos dibujos, lo que es una loable iniciativa artística. No puedes hacer más. Viendo bien: ¿para qué sirven el cortafierro y la ganzúa al ladrón en la cárcel? Para dar cortafierrazos a las paredes, o para agitarse vanamente en el encierro. Mejor están en el museo. Mi pluma, sin embargo, no está en el museo; está conmi-

go. No puede decirse de ella que después de acusarme y comprometerme, dejó de prestarme asistencia. Me hace compañía. Y da salida a mi incorregible instinto grafómano, cosa por la que ya he sido cazado tres veces, como el ladrón por su instinto cleptómano. La sociedad se defiende de sus cleptómanos y de sus grafómanos. Tanto peor si éstos, al ser sorprendidos, no alcanzan a ocultar la herramienta que los acusa.

Plumita mía, herramienta mía: como una avispilla tu picura en la piel hace roncha, cuando escribes con ironía y quieres levantar roncha. ¡Me has acusado ya tantas veces por no quererte tirar, renegar de ti! Y ahora, plumita mía, (no sé cómo decirlo); ¡ahora que entre el borronear ociosamente en la prisión produjiste alguna cosa que se valorizó, que tu dueño quería hacer llegar como un obsequio tuyo a la que le dio el ser, su carne de grafómano y de prisionero; ahora que eso tampoco es posible porque el que lo negoció se absorbió el producto: ¿qué he de hacer contigo, plumita mía? ¿He de ahorcarte? ¿Habrá llegado, al fin, la hora de ajusticiarte, de renegar de ti, tú que siempre me acusas y hasta has destruido este mi acariciado sueño de hijo? ¡No, no, plumita, pétalo mío de bron-

ce, herramienta de mis grafomanías: he de besarte, porque eres tan desgraciada!…

~

Paciencia, esperar…

Paciencia, paciencia: triunfamos a pura resistencia. Es necesario saber esperar, no desesperarse, dominar al tumulto o a la sublevación de los nervios que a cada paso amenazan estallar como una bomba de dinamita. Volemos el muro, dicen éstos. Aguantemos, aguantemos, venzamos la mala suerte, dice el que sabe tener paciencia y esperar. Toda la sabiduría y además todo el carácter consiste en saber esperar.

Una paciencia aldeana, firme, tranquila, hierro por la voluntad, que espera hasta que venga lo que debe venir aunque tarde mil años, que de dónde se plantó no se mueve, allí se agarró como una brazadera, que no se distrae y que no olivda, triunfa seguro. El que te espera seis horas para plantársete delante, no se irá sin conseguir lo que desea, seguro; quiere muy firmemente lo que quiere; además es de acero por su voluntad. Es necesaria cierta impavidez, no tanto ante el peligro que en el tiempo de

un fruncimiento de cejas ya pasa, como ante las horas que tantean continuamente la resistencia de la fortaleza como el agua en el muro. Se te cae la casa encima: pones el pecho o el hombro y aguantas, aguantas ¡caramba! Sin impacientarte, aguantas hasta el fin del mundo.

Si sabes esperar lo bueno, vendrá lo bueno. Mientras tanto hay que sufrir con paciencia lo malo: los nervios desearían acabar pronto siquiera fuera a pistoletazos, la voluntad quiere esperarlo y sabe buscarlo.

Yo deseo tener libertad; pero me hago de la paciencia del prisionero para resistir sin doblarme toda mi prisión. Voy por la misma vía de antes: camino recto y sin torcerme ningún pie. Tengo paciencia para esperar lo mío y no me doy…

Tumultos o sublevaciones de los nervios los he domado todos, los he reabsorbido como la corriente de un cable eléctrico sin producir ninguna chispa, y presento al exterior una superficie tranquila. “Ese está hecho para estar preso”– dirá cualquiera. Pues bien: no estoy hecho para estar u solo minuto bajo la dominación de nadie; si soltara mis nervios no cesaría de bombardear desde aquí hasta la alcaidía y la puerta de calle a todo el que se me pusiera

delante para taparme la libertad. Sin embargo, más que este bombardeo, mi libertad costará cara a mis encarceladores por lo que la he esperado para acabar por lo que deseo. Mando siempre yo; sé esperar, sé aguantar cuando es preciso aguantar: al otro lado se verá lo que aquí he acumulado; me he hecho de hierro para mis ideas, invencible por la firmeza y la resistencia.

Nadie me saca de mi alvéolo; me toca esperar y espero. Mi paciencia es inagotable porque mi voluntad es también inconmovible. Esta es la profesión de fe de todo preso. De comprender es que nadie cansará luego al que con tal ejercicio de paciencia se ha hecho incansable para pasar la mala suerte, sólo agachándose un poco más, como quien, de liviano, le toca ir después un trecho cargado… ¿Esperar? Si es preciso esperar cien años y tener todo este tiempo la casa cargada sobre las espaldas, sabría hacerlo. Creo que hasta mi esqueleto seguiría sirviendo de puntal: tanto me he acostumbrado a la paciencia y a esperar en estos dos años. Lo que es por mí no quedará la casa que se derrumbe: pueden venir los albañiles cuando quieran, puede tardar el día cuanto sea necesario. ¡Nada por tierra! Esta es la manera de conservar íntegro el capi-

tal de futuro que en nosotros se depositó. Aguantarlo solamente: ¿no es ya casi todo lo que debemos hacer?

~

El pensamiento es libre

Como los carozos que se siembran en la tierra, contenemos cada uno un germen de creación, una verdad y una virtud propias. Rigurosamente no somos hechos a cuño, como las medallas, sino a martillo, como obra de hierro o de plata repujada. No reproducimos la misma efigie. Y esta efigie no sale neta y concluida, como la moneda de los moldes: no cesa de martillarnos, de pulirnos, de acabarnos, la vida, mientras vivimos… Recién cuando morimos nuestra arcilla se inmoviliza en su forma definitiva; hasta entonces ha estado como la joya en manos del artífice: un toque aquí, un brochazo allí, un engarce, una modificación, un ramillete de pedrería centelleante, un cincelado áureo de rosas o de espigas… ¡ha estado en el yunque! Somos hijos de la vida. Somos la obra amorosa, paciente, perfeccionada, corregida, de mil, diez mil, cien mil, un millón de artífices, unos que nos han dado la primera forma con toscos martillos de machacar; otros que

han cuidado particularmente de los detalles con pequeños martillos calibrados, suaves, finos, elegantes, como pétalos de metal… Somos una síntesis. No hay quien no haya trabajado en nosotros, quien pueda decir que no ha contribuido a la obra, o perfeccionándola, o destruyendo, hendiendo, abollando, alguna hermosura, alguna perfección. Como los carozos que se siembran en la tierra, somos hijos de la vida; pero como los carozos que se siembran en la tierra, contenemos cada uno un germen de creación, una verdad y una virtud propias, y somos, a la vez, padres de un bosque, de una floresta nueva. He ahí por qué escaparemos siempre a todo encierro: de lo mejor que convertimos definitivamente en carozos, pensando que reproducirán el cuño, con uniforme, inmensa monotonía, surge inesperado el árbol y la floresta nueva! La vida es insometible a fórmulas, a cuños, a troqueles, a matices; es agua que corre, y el "hombre fuerte y el agua que corre se trazan su propio cauce". Hay más hombres fuertes de lo que pensamos; o mejor dicho, somos menos fuertes de lo que imaginamos, para trazar sendas, cauces, a la vida…

Si así no fuera, si el pensamiento no encontrara en sí mismo la veta que lo renovara, como la encuentra el carozo en su germen de creación, todo progreso hubiera sido imposible, por obra misma de los pensadores que han existido. ¡Cómo han embarullado éstos todo; cómo han complicado y embrollado todas las cosas; y sobre todo, cómo han intentado someter la vida, el pensamiento, a cuños! Apenas si nos es posible hoy conocer la infinidad de nociones, - cuños – que cada filósofo ha desarrollado hasta el fin, pensando que en ellas se vaciaría definitivamente la vida. Cada filósofo ha enredado al que le precedió, y ha buscado de enredar asimismo a los que le sucedieran, a los que vinieran después. De ésto me he dado cuenta leyendo sus polémicas, pues todos son grandes polemistas, y lo más grueso de sus obras está compuesto por sus polémicas. Resumiendo: después de una pesada, indigesta, trabajosa lectura, no queda de ellos nada, ni el grano de ceniza que dejaría el papel quemado. El sistema es fundar una noción, - cuño, - y una vez logrado ésto, responder a las objeciones que se puedan hacer. ¿Qué objeciones pueden hacerse a mi noción del "noumeno", del "fenómeno", etc.? ¿Hay un cuño mejor que éste, para en-

cerrar, vaciar en él el pensamiento humano? He ahí las preguntas del filósofo. Y preguntar para él es responder: es incontable la cantidad de energía que en este juego pueril se ha gastado; el filósofo es un fanfarrón de su habilidad sobre todo dialéctica, siempre con la espada al cinto para imponer con su filo el resultado de sus cavilaciones. Estos que he estado leyendo, hace muchos años que han muerto; pero se advierte que si no hubieran muerto estarían todavía respondiendo a objeciones; hasta a objeciones de mil años, hay filósofos que han pretendido responder! ¿Qué habría ocurrido si el pensamiento no trajera en sí su veta de renovación, si cada hombre no trajera un germen de creación, una verdad y una virtud propias? ¡Necesitaríamos mil años para alcanzar a hacer recién la objeción del filósofo y ésta estaría de antemano contestada! ¡Qué tipo excepcional resultaría entonces el filósofo! Pero con todo el orgullo, la petulancia de los filósofos, no es así: las objeciones de los mil años no alcanzan el día siguiente; de todo ésto que he leído, nada, apenas el nombre del filósofo se ha perpetuado… el pensamiento aún no nacido, con todo y la pretensión de encadenarlo, ya en el huevo, es superior al pensamiento pa-

sado; los niños nacen sabiendo más que los filósofos viejos…

¿Para qué he de ocultarlo? Leyendo estas páginas de polémicas, tan apasionadas, tan ardorosas, que tenían la pretensión de forja un cuño definitivo, por lo menos milenario, para la humanidad pensadora, y que no han durado hasta el día siguiente, he sentido la melancolía de tantos y tan desmesurados sueños rotos, caídos en el polvo. Pero alegre y agradecido hacia la vida, que por sí sola rompe, sobrepasa todo encierro, he repasado íntima e intensamente esta lección instructiva. No habiendo sido capaces los filósofos de detener el pensamiento naciente, de inmovilizarlo en un cuño, en una matriz prefijada, teniendo la escolástica, la dialéctica, cosas tan respetables y que la mayoría de la humanidad estima tanto: ¿ha de ser capaz, la cárcel, de detener, destruir, inmovilizar nuestras ideas?

~

Carta a Pacheco
La huelga de hambre en la Prisión Nacional

Mi hermanito:

Ayer domingo, día de visita para hombres, habrás venido como de costumbre, a verme y a traerme las cosas necesarias, cuya entrada es permitida, entre ellas una buena cantidad de galleta marinera, para agregarla al pan que nos dan aquí, que es durante toda la semana malo y escaso, - y te habrá sorprendido sin duda que te dieran con la puerta en las narices, diciéndote: "el preso que viene usted a ver se niega a bajar a la visita; por lo tanto, puede usted retirarse". Te habrá sorprendido, porque no estabas tú en antecedentes, ni te los había contado yo, (que trato de estar por encima de mis miserias de preso y no les doy importancia de comunicarlas), y seguramente habrás hecho mil conjeturas, no sabiendo a qué atribuir este rotundo rechazo, pensando si tal vez me había ocurrido una desgracia o los lazos que me ligan a ti se habían roto o debilitado.

En efecto: me he negado a bajar a la visita, y lo mismo han hecho los demás presos, mis compañeros, porque de

golpe y porrazo, nuestra situación en la prisión, que viene siendo agravada sin motivo desde que ha habido en ella un cambio de dirección, ha recibido un nuevo golpe, más rudo que los demás, con la determinación inconsulta de no concedernos la visita sino en locutorios cerrados, a través de una doble reja, cubierta con una red de alambre tejido, por la que queda espacio apenas para verse de lejos las cabezas, y en los cuales el placer de ver a los amigos resulta amputado e incompleto, no pudiendo estrechar sus manos, ni siquiera reconocerlos suficientemente, pues no sólo su fisonomía, sino su voz, quedan desconocidas y desfiguradas a través de esos cuartos oscuros, siendo en vez de un placer, un dolor para los dos, - el recluido y el visitante, - la visita en esa forma. Si se tiene en cuenta que esos locutorios, desde hace seis años que fueron construidos, no han sido nunca utilizados y las visitas se concedieron siempre personalmente, esta utilización tardía aun resulta, para los recluidos que gozaron de los beneficios del sistema anterior, una agravación y un castigo. Por esta causa no bajé a la visita, no bajamos ninguno, y no bajaremos tampoco mientras no se nos concedan las visitas como las teníamos, pues nada he-

mos hecho, nada puede acusársenos para retirarnos ese beneficio. Antes más bien preferimos perder indefinidamente el beneficio de toda visita; los nuestros se dolerán con nosotros de esta separación, pero así conservaremos el deseo más puro…

Pero no sólo no hemos bajado a las visitas, sino que hemos rechazado la comida y nos negamos a comer. A esta hora, van ya 36 que no reciben nuestros estómagos sino un poco de agua. Esto, aunque refuerza nuestra protesta contra la visita, responde ya a otra causa. Aunque te he pedido siempre, agregándote: "más", "¡más!", galleta marinera todas las semanas, no te he dicho que hace por lo menos dos meses los presos nos morimos literalmente de hambre. La comida es escasa, tanto, que es casi un agua pura. Cuando hemos reclamado, porque no alcanzaba para todos y muchos días se quedaban buen número de presos sin comer, la orden que se ha dado ha sido de agregarle cincuenta o cien litros de agua, según, a los tachos en que se cocina. No ha quedado más remedio que negarse a comer, disponerse a morir de hambre, para llamar la atención de quien debe preocuparse. En este sentido, estamos también dispuestos a no comer indefinida-

mente, aunque alguno deba caer, dando su triste vida en holocausto de la de los demás.

Es de notar, hermanito, que la voluntad es firme y serena, que reina entre nosotros armonía y cordialidad, que en todas las miradas se ve la dolorosa fijeza de un sacrificio exigido por la fatalidad, y que no esperamos nada de nadie, pues sobrado sabemos que el público se preocupa poco de los presos y que estamos a entera disposición de lo que los que nos mandan quieran hacer de nosotros.

Más tarde, si ocurre algo, te enviare el epílogo de esta carta. Por ahora estamos a lo que venga.

T. Antillí

Lunes; 31 de Mayo de 1915.

T. ANTILLI

¡SALUD A LA ANARQUIA!

PAGINAS DE UN MILITANTE

ORGANIZADAS POR R. GONZALEZ PACHECO Y EDITADAS POR "LA ANTORCHA"

1924

J. LUCH

Cinco textos de Teodoro Antillí

Vida de los presos

La pluma

Paciencia, esperar...

El pensamiento es libre

Carta a Pacheco